

Our Latin Thing

Iván Medina Castro

Universidad de Guanajuato

Here he comes, he's all dressed in black
PR shoes and a big straw hat...
Velvet Underground

A Ray Barreto, Eddie Palmieri, Richie Ray...

Nos conocimos de la forma menos predecible, como nunca hubiera imaginado. Y es que jamás tomo el ascensor que lleva al Departamento de Letras, temo del movimiento vertical como gravedad cardíaca y, sin embargo, ese día subí de manera accidental cuando una estampida de boricuas con demandas de autodeterminación que entró al recinto universitario me arrolló hasta su interior. Fue allí, en pleno caos, donde vi a una niña trigüeña entre dos puertas. En sus ojos no había nada más que color y en su boca la reverberación a modo del repicar del tambor de su nombre, Catalina la O.

Nuestra inaugural cita fue en el nightclub Cheetah de la Broadway at 53rd Street, en la isla. Me puse en camino lleno de emoción, pero a la vez inquieto, pues cómo saber qué depararía Changó. Arribé con retraso al lugar y el espacio estaba saturado, esa noche habría un gran evento musical, el cantante: Héctor Lavoe, Bobby Cruz, Pete “Conde” Rodríguez y no sé quiénes más se presentarían en escena. La aglomeración ondeaba, inquieta cuando los cadeneros permitían el acceso a cuentagotas para después volvernos a dejar expectantes mientras esperábamos nuestro turno. Por un momento, plantado en medio de la multitud, me contagié del estado de ánimo, pero no por mucho tiempo, pues deseaba estar con Catalina la O. ¡Abra paso!, pensé gritar, como quizá así lo hubiera hecho el coronel Aureliano Buendía, pero no. Tras empujones, intenté abrir brecha para llegar lo más cerca posible al cadenero y sobornarlo para acceder con prontitud. Por suerte, la coima no fue necesaria, conocía al tipo de la entrada, un alumno de Letras Latinoamericanas. No había duda, Fortuna estaba de mi lado. Ahora sí, ya dentro, mientras trataba de localizar a mi jefa, uno de los vocalistas de la orquesta Fania All Stars, al parecer Cheo Feliciano, empezó a llamar a un tal Rubén en unión con el acompañamiento de las congas: “—¡Que suba Rubén para que baile!, ¡Que suba Rubén!” Siguió la descarga de las claves junto con los bongós, después, el coro vibró con su estribillo: “—¿En dónde está Rubén, en dónde está?,

¿en dónde está Rubén, en dónde está?” Ante semejante preámbulo, la orquesta inició a tocar “Ahora vengo yo” de manera paulatina, hasta complejizar la sonoridad.

Dada mi distracción ante tal ejecución magnífica de la flauta por Johnny Pacheco, sin saber cómo, me encontré en el centro de la pista rodeado de admirables mulatas: delgadas, de buen vestir, mirada esquiva y de falso reír que cogidas de las manos danzaban con frenesí al son de “Si la tierra tiembla”, igual a una coreografía pecaminosa a Babalao. Entre esas prostitutas estaba ella, fiel al monumento forjado en mi memoria, grandiosa por mis deseos a modo de una flor de los lindos campos. Catalina la O disolvió la rueda y de un grácil salto, limpio como el viento, se aproximó a mí. Fue tan cadenciosa y seductora en sus movimientos que la atmósfera en donde bailaba se quedó sin aire.

—Bebé, eso se baila así.

Su cuerpo entregado al mío cual planta trepadora se adhirió exudando sal y llena de olor a la patria lejana.

—Ay, apurrúname papá. Lo bueno ya viene. Sube la manita un poquito más arriba y luego..., la bajas despacito.

Mientras bailábamos animados por las estrofas candentes de la pieza “Azúcar mami”, a manera de un ciego seguía con el tacto los relieves curvos de su cuerpo hasta posar la mano sobre la tersura de sus nalgas. La sentí estremecerse e insistí, y cuando disponía a invadir el aire aroma a sándalo emanado de su boca de labios aspersores para besarla, ella se despojó del asedio y presta fue al encuentro de un hombre vestido con sombrero de paja, zapatos deportivos, cinturón de piel por encima del talle y una rosa en la solapa del gabán. Cuando Catalina la O apartó sus ojos de los míos, quedé perplejo a la mitad de la pista, apenas balbuceé, pero al final no emití nada en concreto. Una de las amigas, de nombre Anacaona, se acercó y con un susurro lascivo indicó: “—Ese es Rubén, alias Diablo, famoso bailarín y trombonista, un jíbaro carismático que no le teme a nadie. A casi una década en cana por la venta de manteca salió en libertad condicional. Por el barrio dicen que un mal parido lo delató”.

El sonido de los timbales y el acompañamiento desaforado de los demás instrumentos inundó el salón. De pronto, se escuchó la voz de Ismael Miranda destacando la fuerza de los metales: “—Los metales también se quejan. Eso es un trombón”. Sin duda, ese instrumento ejecutado por Willie Colón tiene el poder de evocar el ambiente crispado del Barrio, medité por un momento.

Catalina la O regresó engarzada del brazo de Rubén. Me lo presentó con efusividad, era su hermano. Desde ese momento nuestras miradas se cruzaron y por la forma en que sus ojos se hundieron en mi rostro advertí cómo de un golpe descifró quién era. Los dos nos contemplamos en silencio como si la algarabía de nuestro rededor cesara de repente. El encuentro era tan insólito, que me parecía ver un espejismo o un fantasma, pero más sorprendente aún era el hecho de que esa escoria fuera el hermano de la mujer de mis amores; negra su cabellera, oscuros sus ojos, idénticos a la fama de su hermano, pero tan lúcidos y capaces de provocar agitación al mirarlos. La mutua e incómoda observación se prolongó durante un buen rato, o al menos así lo percibí, hasta que Catalina la O, emitiendo suaves susurros como mensajes dirigidos solo para mis oídos, nos tomó del brazo. Fruncí el ceño y tras el hipo de la revelación apunto estuve de decirle a Rubén “¡Quítate la máscara!”, frente a su hermana, pero callé. Quise hablar, decir..., pero no pude, una fuerza mayor

me hizo guardar silencio. Quizá por un temor a algo, a cualquier cosa, similar al miedo bajo la piel que recorre el cuerpo igual a una culebra. Juntos nos dirigimos a una mesa en donde bebimos ron y una vez que la orquesta interpretó “Trucutú”, Rubén sacó a bailar a su hermana. Mientras ellos se apoderaban de la pista con sus movimientos una y otra vez ensayados, exhalando alegría por todos los poros, recordé cómo había conocido al terror del Bronx.

Supe de Rubén el mismo día en mudarme al Spanish Harlem. Crucé la avenida Lexington y me presenté con él sin ninguna otra razón que tener un aliado, no un enemigo en el Barrio. Aquí a mucho guapo lo han matado. Él era un tipo rudo, andaba en motocicleta y sus amigos seguido venían al vecindario a hacer música, una mezcla entre la cadencia del son de Cuba y el swing de Nueva York. Siempre había un rumbón de esquina, pero nunca estuve envuelto en lo que hacían. No sabía a qué se dedicaban, sólo noté que en ocasiones fumaban yerba brava, pero nunca me interesó involucrarme. Por momentos, Rubén hablaba sobre las actividades de sus amigos, el tráfico de enervantes y la mala vida en el Barrio. En una ocasión, tocó a mi puerta para pedirme un préstamo de 500 dólares. Se los facilité y al mes los tenía de vuelta. El dinero lo utilizó para comprar un nuevo trombón. Hasta ese momento todo era normal. A las dos semanas de haber pagado me solicitó un nuevo préstamo, pero esta vez la suma era de 2000 dólares. Le comenté que no poseía esa cantidad. Él se enojó y se retiró farfullando. Al día siguiente, la policía invadió su casa y lo arrestaron. Aunque no tuve nada que ver con la aprehensión, el Diablo pensó que lo había denunciado. En ese momento estaba asustado, pues él era una persona a quién temer, por lo tanto, decidí reubicar mi residencia al South Bronx. Ciertamente, como bien aclaró Anacaona, una vez que me mudé, Rubén desapareció de mi vida sin dejar rastro.

Catalina la O y Rubén regresaron felices a la mesa. Me incorporé de prisa, traté de darle un beso en la mejilla a Catalina la O para despedirme, pero ella me sujetó de los brazos y preguntó: “¿A dónde vas tan de prisa, nené? Vamos a seguir la party en mi casa, ¡vive la vida hoy! Ha llegado mi hermano, hay que celebrar”. Salimos del Cheetah y durante el trayecto observé por el espejo retrovisor como ella dormía apacible, mientras Rubén trataba de sintonizar Radio Bemba, en donde se escuchaba el soneo de “Lo atara la araché”. Una vez que lo logró, profirió sin sombra de emoción, hasta con sequedad: “—Tú y yo tenemos mucho de qué hablar”. Sin más, se puso a silbar la tonada de la canción.

Tras arribar al domicilio de Catalina la O, ella se bajó aún adormilada del auto y se dirigió a la casa sin percatarse que no la seguíamos. Rubén aprovechó ese momento para decir con sorna: “—Una extraña dulzura pasea por sus rostros, así como tus deseos y resignaciones. Si quieres montar a mi hermana y seguir con bien deberás de ayudarme a cometer un asalto”. Aunque traté de oponerme al principio, no fue difícil asentir. Rubén dio media vuelta y recalcó: “te espero por la mañana para explicarte qué haremos”. Mientras él desaparecía, el tarareo de una pieza que reconocí de inmediato, pues él y sus amigos la solían tocar en toda ocasión, persistía en el aire: “Como cuando hay la sensación de agua con viento, tengo ya el presentimiento barrunto en mi corazón”. Esto es una cuerda floja, de vacío a vacío, allí ando, pensé.

Llegué a la cita acordada. Rubén y otra persona conocida como el Mulato, parecían esperarme, aunque Rubén estaba sumido en una especie de letargo, costumbre que quizá había adquirido en la cárcel. Podía pasarse horas sentado con el rostro fijo, sin mover un

solo músculo. Verlo en aquel estado causaba una terrible impresión. Animado de pronto, se ponía a hablar con gran exaltación para justificar sus acciones, como un lamento jibaro:

Cada día el Barrio se encuentra bajo fuego. Escasean los servicios públicos. Ha habido mucha gente en la estación de tren haciendo largas colas para poder huir de aquí, porque no hay posibilidad de quedarse. No hay autobuses, el sindicato está en huelga. El lugar en donde camellaba está cerrado. No hay laburo. No tengo nada, vivo del crimen. Quién sabe qué hubiera sido si alguien a tiempo se hubiera preocupado por mi bienestar, ahora sería abogado o un doctor. New York era pequeño entonces. Las casitas de cuatro pisos debían de secar la ropa recién lavada sobre los tendedores hasta que se te quemó la casa. Aquí podría pasar cualquier cosa, la falta de oportunidades ha llegado a todas partes.

Las últimas luces se perdían en el cielo, las sombras sigilosas avanzaron sobre los espectaculares, los anuncios y las marquesinas, igual a aguas negras. A pesar de que los nervios salían de mi cuerpo a hilachos, pude gritar “buenas noches, Manhattan”.

En medio de un silencio desierto, como la calle antes del crimen, me encontré sin respirar siquiera para que nada turbara mi mente hasta lograr sentir el pulso de mis sienes. Mi función era cuidar la entrada del establecimiento para evitar la aparición de la autoridad o el acceso de algún cliente. No sé qué salió mal durante el asalto, las patrullas no dejaban de llegar al lugar. Por eso hui, pero antes un grupo de policías me persiguió, aunque pude escabullirme, ellos desconocen el Barrio. Llegué a casa ardiendo, no podía ni moverme. Estaba débil, con dolor, con un miedo sofocante y ahogante en torno al corazón.

El Mulato

El Diablo entró de última a la joyería y me pidió un cigarrillo, cuando solicitó fuego sacamos las pistolas y amagamos a los que allí estaban. Cogimos las joyas de las vitrinas y salimos triunfantes por la Avenida Central, pero de pronto cayó la autoridad. Corrimos sin rumbo y nos separamos. Yo mantuve las manos dentro de los bolsillos, una sostenía el botín y la otra ceñía la cacha del revólver. Apenas podía correr. La balacera inició y aunque me hirieron, escapé. La vecina del quinto piso fue quien avisó que se habían quebrado al Diablo. Hice todo lo posible por enterrarlo como Dios manda. Ordené lo vistieran con un traje de seda, unas zapatillas de charol y un sombrero de paja. No asistí al funeral, no era posible... las cosas estaban candentes en el Barrio. Después de ese incidente opté por hacer las cosas con discreción, pero no fue suficiente. El comando invisible empezó a cazarnos a todos los niches por igual. El día de la emboscada a penas la libré, me estaba desangrando. Me llevaron al Cheetha, pero no podía permanecer allí por mucho tiempo, así que el judío, Larry Harlow, interrumpió el ensayo y me dio su ropa para despistar al enemigo. Cuando llegué a la estación de trenes, los federales ya me esperaban.

Dicen que cuando se quebraron al Diablo, casi al instante el ulular masivo de las patrullas resonó como un puñetazo en el estómago. Llegaban de prisa refuerzos policiales de otros condados con el alarido persecutor y, por supuesto, la muchedumbre de curiosos se

arremolinó alrededor del fallecido. En la radio de un departamento cercano se escuchaba el reciente éxito de la rumba, “Calle luna Calle sol”.

Va el cortejo fúnebre calle abajo con el muerto a la cabeza. La mañana es alegre, el sol ríe con su buen humor. “Diablo, deploramos la falta de tu poderoso trombón en este resplandeciente día”. Así fueron las palabras emitidas por Catalina la O con su voz picante como la canela, igual que lo es también su piel. Oigo trinos en los árboles y sólo por un instante me doy cuenta de la profundidad azul del cielo. Todo parece tan raro, igual a las palabras que escuché. No sé, a estas alturas, cómo decir las cosas que suceden. Abrazo con ternura hasta mi corazón a Catalina la O y le propino un beso en la frente. Ella responde con una leve sonrisa capaz de iluminar su quebrado semblante, entonces sé que ella siempre olerá en mí.